



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

## EL PERFIL SOCIOLÓGICO DE LA FIGURA DE CRISTO JESÚS Y SU TRADUCCIÓN ECLESIAL

Por LUIS BLANCO VILA

Catedrático de Teoría de la Literatura  
Universidad San Pablo-CEU, Madrid

Comenzaré con una broma. En mi casa, la sección bibliográfica más próxima a mi anatomía yacente es la que amontona, en mi dormitorio, y en una doble estantería, didáctica, filosofía y religión. No sabría decir por qué decidí, en su día, no sólo reservarme la posibilidad inmediata de coger un libro desde la cama, en horas nocturnas o de desfallecimiento, en posición de decúbito supino, y con el único esfuerzo de alargar el brazo izquierdo, sino, sobre todo, por qué el ejemplar tomado debía ser siempre doctrinario. Me imagino que, nuevo Doncel de Sigüenza, estaba pensando en la recomendación de mi alma, y mal se compone la figura de un moribundo leyendo a Vizcaíno Casas o, no digamos ya, a Bukovski.

Mi libro más inmediato, por supuesto, es la Biblia. Y, dentro de ese riquísimo manantial de vida, los evangelios y todo el Nuevo Testamento. Durante tantos años como los que me corresponden con capacidad de inteligencia, he leído y releído ese Nuevo Testamento y he buscado, asimismo, en el Antiguo rasgos definitorios —el anunciado Mesías— para acabar de perfilar la figura del Cristo, de Jesús, más cercano en ese nombre a nuestra sensibilidad. No sé si he conseguido ese retrato.

A primeros de septiembre, tratando de reforzar esa figura, más humana que divina en este caso, eché mano de un libro cuyo título venía muy al caso; *Jesús en los cuatro evangelios*. Sin fijarme demasiado en el autor, y después de ver, al abrirlo, que estaba dedicado a los entonces «Príncipes de Asturias y de Gerona, hijos de mi Señor», hoy soberanos nuestros, pude comprobar con horror que el patricio que firmaba el libro, después de los agradecimientos, los acatamientos y un escuálido e innecesario prólogo, entraba en materia tratando de demostrar que la Sagrada Familia

tuvo, históricamente, una posición económica que, sin dejar de ser modesta, tampoco estaba nada mal, pues tenían casa, burro y..., seguramente, el buey del pesebre también era de su propiedad y prenda para pagar camino, comida y hotel.

Me pareció tan sospechosa la urgencia en defender tesis tan peregrina que decidí prescindir de la bibliografía e ir directamente a las fuentes neotestamentarias, donde, de manera bien transparente, se nos da el perfil sociológico de la figura de Cristo Jesús.

Así que volví a san Mateo y me di cuenta en seguida de que si Jesús nació en el portal, como acredita, por ejemplo san Lucas —no había lugar para ellos en el mesón— y si fue envuelto en pañales y recostado en un pesebre, fue porque la cosa no daba para más. No creo que María echara mal las cuentas y se dejara sorprender, sin una mala cuna portátil que llevar en el viaje de empadronamiento a Belén.

Los evangelios están salpicados de cantos a la pobreza; Jesús mira con ojos de ternura —san Marcos dice que «lo amó»— al joven que le pregunta qué ha de hacer para ganar la vida eterna y le responde: «Vete, vende cuanto tienes y dalo a los pobres». La misma escena la cuenta san Mateo, y todos ponen el acento en la tristeza del rostro de Jesús cuando el bien amado joven se va, también él triste, porque tiene muchas cosas que dar a los pobres y no se siente con fuerzas para hacerlo.

Lucas, en el capítulo 12, hace un hermosísimo canto a la libertad que propicia la pobreza, aquel que comienza animando a los discípulos a que no se preocupen por su vida, por lo que tendrán que comer o que vestir... No andéis ansiosos, vosotros buscad el reino y el resto... vuestro Padre os lo dará por añadidura... Vended vuestros bienes y dadlos en limosna...

Y remata el elogio pidiendo a los suyos que se liberen de las cosas terrenales, a semejanza de los cuervos que no siembran ni cosechan, siguiendo el ejemplo de los lirios que no trabajan ni hilan, y crecen hermosos. La última expresión denuncia que el corazón nunca será libre si no se renuncia a la riqueza, porque, dice, donde está vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón. Además, ¿no *presumía* Jesús de no tener dónde reclinar la cabeza?

Creo que mostrar estos rasgos, mejor que cualquier otro método, nos permitirá trazar el verdadero perfil moral y social, di-

gamos sociológico, de la persona de Jesús, incluso en el ámbito de la pura sociología.

San Mateo comienza su evangelio como debe, pues se dirige a los judíos y lo primero que hay que mostrarles es la descendencia davídica, sin la cual la profecía que anuncia al salvador no tendría, para ellos, cumplimiento, pero, en seguida, en cuanto habla de la elección de los apóstoles, señala claramente que siguen a Jesús después de dejarlo todo: «Dejaron, al instante, las redes», dice de Simón Pedro y Andrés, su hermano; «dejando luego la barca y a su padre», dice de Santiago y Juan, que estaban con Zebedeo. Es decir, primero abandonan el patrimonio, ingresan en la orden mendicante del Nazareno y se convierten en apóstoles. Mira que si éste es el camino... Espero, por la cuenta que nos tiene, que no sea el único.

Curiosamente, en cuanto selecciona a sus primeros discípulos, Jesús lanza su mensaje por excelencia, el de las Bienaventuranzas. Y ¡vaya por Dios!, la primera es aquella que bendice a los pobres en el espíritu o de espíritu, a los que ofrece, en seguida, el reino de los cielos. Supongo que, antes de nada, también en el espíritu; el reino de Dios espiritual, que trasciende cualquier eventualidad material, camino del reino definitivo.

Y, a continuación, dice a los apóstoles que deben ser sal y luz, pero a través de las obras, «para que, viendo vuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos». Y, un poco más adelante, después de borrar de la nueva doctrina cualquier resabio de la vieja ley del talió, invita al cristiano a darse más allá de la propia generosidad: «Da a quien te pida y no vuelvas la espalda a quien te pide algo prestado». *Fuuuuuuuu (soplido)*. Tengo la impresión de que nuestro sentido de la aportación al necesitado se ampara demasiado en la organización social y hasta bancaria para volver la espalda a quien nos pide, después de encogernos de hombros y murmurar eso tan frecuente de «sabe Dios para qué quiere el dinero», insinuando bebida, droga, y otros fines *non sanctos*. Lejos de una actitud que ampare nuestra prevención —naturalmente, no queremos contribuir al vicio del supuestamente falso necesitado que nos pide—, Jesús nos aconseja que, cuando hagamos la limosna —parte del supuesto de que vamos a hacerla— «no sepa la izquierda lo que hace la derecha». Lo mismo aconseja para hacer oración, una discreción total, dentro de la

cámara secreta del alma, cerrada la puerta exterior, diciendo con plenitud de sentido: Padre nuestro que estás en los cielos... el pan nuestro diario dánoslo hoy... Mañana, Dios dirá. Las aves del cielo no siembran, los lirios del campo ni se fatigan ni hilan; no os inquietéis por vuestra vida, cada día tiene su afán. Está claro —acaba de decirlo— que nadie puede servir a dos señores: No podéis servir a Dios y a las riquezas.

Dice san Mateo, después de resumir los discursos de Jesús a las gentes que venían a escucharlo, que las muchedumbres se maravillaban de su doctrina, porque las enseñaba como quien tiene poder y no como sus doctores. ¿Cómo no iban a maravillarse de su doctrina? El resumen de sus predicaciones nos lo ofrece el propio evangelista antes de dar fe de la admiración de las gentes: «Cuanto quisierais que os hagan los hombres a vosotros, hacédselo vosotros a ellos, porque ésta es la ley y los profetas». Es decir, lo ya dicho: al prójimo, como a ti mismo... La ley de la caridad, dice, al llegar a este punto, el epígrafe de la vieja versión de Nácrcolunga.

Y cuando un escriba, un hombre de letras por lo menos, le dice a Jesús que lo seguirá «a donde quiera que vayas», el Señor no le dice ni que sí ni que no, sino que le recuerda que «las raposas tienen madrigueras y las aves del cielo, nidos, pero que el Hijo del hombre no tiene ni dónde reclinar la cabeza». Y, en el capítulo 10 del propio Mateo (versículo 10), cuando envía a sus apóstoles a predicar la buena nueva, dice algo que no he visto nunca destacado y que a mí me parece importantísimo. «No llevéis oro ni plata ni cobre en el cinturón, ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón; porque el obrero es acreedor a su salario.»

Unos versículos más arriba, hablando de los dones que iban a repartir en su nombre, les ordena: «Dad gratis lo que gratis habéis recibido», con lo que nos intenta decir a cuantos tenemos algo que ver con la difusión del reino de Dios que los dones —y los bienes— deben pasar por nuestras manos pero no quedarse en ellas. Como obreros que somos de la empresa de Cristo, somos acreedores a nuestro salario. Lo demás, es para el reparto.

Podíamos seguir espigando citas, anécdotas de la vida pública de Jesús, reacciones de sus discípulos: de todo queda mucho en los evangelios canónicos sin necesidad de acudir a otros textos que,

en cualquier caso, tendrían la validez testimonial al margen de su canonicidad. Lo mismo digo de los Hechos de los Apóstoles y de las cartas de Pedro, Pablo y Juan. Pero, como digo, eso sería más propio de un estudio —y abundan— que de una comunicación que pretende, simplemente, recordar el perfil sociológico de Cristo Jesús, es decir, del Dios y del Hombre, que puso en marcha la mayor revolución social de todos los tiempos.

Permítaseme, sin embargo, regresar a un pasaje evangélico... —mejor, a un doble pasaje, pues son dos las veces que los evangelistas nos hablan de la multiplicación de los panes y de los peces—, una curiosa historia, para mí llena de significados más allá de lo que la historia misma parece contar... Pero lo voy a hacer utilizando las palabras de alguien con mucha mayor autoridad que yo a la hora de sacar conclusiones.

Un día de mayo de 1962, don Ángel Herrera Oria se reunía con un grupo de colegiales del recién inaugurado Colegio Mayor Pío XII —lo habíamos hecho en el mes de octubre del año anterior, 1961— para celebrar la eucaristía con ellos y, en cierto modo, darles el espaldarazo de caballeros de la Escuela de Ciudadanía Cristiana que se ponía en marcha precisamente en ese acto. Unos días después del acto fundacional, todos y cada uno de los presentes recibimos un folleto titulado «Conciencia social y conciencia ciudadana», en el que se había impreso, de entrada, el decálogo de la Escuela de Ciudadanía Cristiana, en el que no voy a detenerme ahora, y, a continuación, la homilía que don Ángel había leído en la proclamación de la palabra.

Conceptos como el de Conciencia social —justicia social, Bien Común: contenido, urgencia, cumplimientos varios—, Colaboración con los poderes públicos, Libertad y libertades, derecho y deber de trabajar, Optimismo del cristiano ante la tarea social, Instrumentos de formación de la conciencia social... Por primera vez, nuestro mundo, el mío por lo menos, se llenaba de conceptos reveladores de lo que podía suponer, en mi vida, una misión solidaria a mi alcance, siguiendo las enseñanzas y las divinas huellas de Cristo Jesús.

Con claridad, sencillez y la amenidad con que sabía exponer sus ideas, don Ángel fue desgranando conceptos, ideas, sentimientos, afinidades y sentido vocacional de los laicos allí presentes. Y remató su homilía con un apartadillo VII, de apenas dos hojas en

octavo, sobre... El evangelio de la multiplicación. Era el de la misa, el que acababa de leer. Era como si el sacerdote oficiante, el cardenal Herrera Oria, volviera de un mundo de sugerencias a su obligación de glosar el evangelio del día. Pero, si era lo mismo que había dicho a lo largo de la exposición... Lo dice él y me viene de perlas por aquello del perfil sociológico: «Por cierto, dice don Ángel, el tema es tal que parece el evangelio más indicado para resumir todas las ideas que acabo de exponer, y (para ofrecer) el entorno de la conducta, el ejemplo y las palabras de Nuestro Señor Jesucristo».

«Sabéis que el evangelio de hoy, tomado del capítulo sexto de san Juan, relata la primera multiplicación de los panes y los peces. Dicho milagro es el único que se narra en los cuatro evangelios. La segunda multiplicación aparece en tres evangelios... Considerad la escena. En lo alto está Jesucristo. En la base está el pueblo. Entre Jesucristo y el pueblo, los ministros de Jesucristo. ¿Quiénes son los ministros de Jesucristo?, diréis; pues los obispos y los sacerdotes. Ciertamente; en el orden espiritual, sí: la potestad espiritual la poseemos nosotros, somos elegidos por Dios de entre los hombres para las cosas de Dios... En este día, ministros de Jesucristo fueron los apóstoles. Jesucristo envolvió al pueblo en una mirada de misericordia. *Misereor super turbam*, que dice el evangelista san Marcos, “me compadezco de esta muchedumbre”. Y, en la segunda multiplicación, añade estas palabras especialmente delicadas: “Porque muchos han venido de muy lejos y temo que, si no les damos de comer, perezcan por el camino”.»

«¿Cómo reaccionaron los ministros de Cristo? ¿Cómo reaccionaron, si me permitís la frase, aquellos aristócratas que estaban junto a Cristo? “Señor, que es muy tarde; despáchalos y que se vayan y que compren en las aldeas vecinas”. “Pero, Señor, aquí en el desierto, ¿cómo vamos a dar de comer a tanta gente?” “Pero, Señor, ni con doscientos denarios podremos darles de comer”. En sustancia, pretendieron desentenderse del pueblo.»

«Conducta de Jesucristo con aquellos ministros y con aquel pueblo. Las dos hay que tener presentes. ¿Reprendió a los apóstoles? No. Practicó con ellos lo que tantas veces habría de practicar en la vida, que es la virtud de la longanimidad.» (Abro un paréntesis para reivindicar, con don Ángel, la naturaleza virtuosa de la longanimidad, que ni el propio diccionario de la Real Academia reconoce. Para la docta casa, la longanimidad es «grandeza y constancia de ánimo en las adversidades», y también «benignidad, clemencia y generosidad», pero, repito, no consta la condición de virtud que, de manera tan expresa, le otorga el cardenal. Y, desde luego, todos nuestros clásicos hablan de esa virtud, la de la longanimidad. Quede constancia de la reivindicación.) Pero, volvamos a las palabras de don Ángel: «La longanimidad tiene tres elementos, es virtud compleja; la longanimidad supone la paciencia, mas la paciencia con

amor y con esperanza. Ejemplo de longanimidad es la historia de santa Mónica respecto de san Agustín. Y, de ordinario, los padres respecto de los hijos.»

«¿Qué quiero decir? Que tampoco vosotros seáis duros en juzgar cualquier clase social, aunque sean las superiores quienes, en algún momento, puedan no cumplir con su deber. Hace falta tener entrañas de comprensión y de longanimidad para con todos.»

«Jesucristo pasó adelante y les preguntó: ¿Cuántos panes tenéis?» «Cinco panes y dos peces».

«Había un rico en medio de aquella muchedumbre de miserables. Un rico relativo. Toda riqueza humana es relativa. Tenía cinco panes y dos peces. Aquel rico lo puso en manos de Dios Nuestro Señor. Ejemplo que imitar, que nos debe mover muchas veces a poner en manos de Dios Nuestro Señor lo que tengamos: nuestros pececillos. Él sabrá, después, multiplicarlos si lo necesitamos y lo merecemos.»

«Jesús dispuso que el pueblo se recostara sobre la hierba —porque había mucha hierba en el lugar, todos los evangelistas lo destacan—; Marcos y Lucas dan detalles; dicen que los colocaron en grupos de cincuenta y de ciento. Cristo, después de bendecirlos, puso los panes en manos de los apóstoles y los panes, en sus manos, se multiplicaron. Comieron todos y sobraron doce cestos.»

Cestos salidos del milagro, porque Jesús ordena: «Recoged los pedazos que han sobrado para que no se pierdan». ¿Lo entendemos como un rasgo más de la humanidad, previsor, de Cristo?

Tengo la impresión de que el perfil de la figura de Cristo Jesús está sobradamente trazado y acreditado después de esta especie de picoteo por las escenas y las expresiones de los evangelios. ¿Cuál es ese perfil que, para entendernos, hemos calificado de sociológico, es decir, en sus relaciones, históricas o proyectadas sobre la historia de la humanidad a lo largo de veinte siglos? ¿Cómo representar la personalidad de Cristo Jesús y su doctrina sobre la existencia y el desarrollo de las sociedades humanas, que eso es lo sociológico?

Creo que es evidente que dos son los rasgos que adornan la figura de Jesús en esta faceta de su misión redentora: en primer lugar, la austeridad, la máxima exigencia, la vida de pobreza para Él y para los suyos, los elegidos para ser apóstoles, y, en segundo lugar, esa longanimidad, que decía don Ángel, un carácter benigno, paciente y generoso.

Si, dentro de este vaciado de características humanas, volcamos la densidad de la doctrina que, sucintamente, hemos recogido, nos daremos cuenta de que ese perfil está al servicio de una verdadera



revolución en el campo de las atenciones sociales, de la justicia legal sumada a la justicia distributiva, que diría don Ángel.

Después de Cristo Jesús y su mensaje de redención, la justicia ya no es cosa de tribunales exclusivamente sino de comportamiento de toda la sociedad. El evangelio es la consagración de la gran reforma legal y espiritual del mundo, las cartas credenciales que acreditan que el mundo antiguo y sus conceptos, muchas de sus leyes incluso, han sido derogados para dejar paso a una nueva concepción, global y concreta, de los valores.

Sería largo, prolijo e innecesario repasar, aquí, las «novedades» que aporta la doctrina de Cristo Jesús al mundo que nace. Los gentiles lo entendieron muy bien cuando, al ver el comportamiento de los cristianos, comentaban aquello tan sintomático: Ved cómo se quieren. El odio deja paso al amor, a la caridad, y la caridad se convierte en justicia; el reparto de lo necesario deja de ser un acto gratuitamente generoso para convertirse, en razón de la nueva doctrina, en acto de justicia. Y, además, que no sepa tu mano izquierda... Y, más claro aún, los criterios sobre los derechos del pobre se resumen en uno solo: el obrero tiene derecho a su sueldo.

Ah, claro, estamos hablando de los pobres. Sin ellos, nada de lo que hemos dicho tendría sentido. Cristo viene a redimir a todos los hombres, a los pobres hombres sumidos en el pecado, pero viene, sobre todo, a rehabilitar a los pobres, que son los miserables de ese mundo empecatado, pero que van a ser los primeros bienaventurados a partir de ahora, que son los que más sufren, pero también los que más gritan... «¿Quién, si yo gritara, me escucharía desde la jerarquía de los ángeles?», dicen los dos primeros versos de la primera de las **Elegías de Duino**, de Rilke, el pobre gran agnóstico, el poeta nacido checo-alemán en la judería que era Praga, el judío errante incansable hasta nuestra Costa del Sol, yendo y viniendo por Toledo tras las huellas del Greco, el débil poeta que se pasó la vida convocando a Dios y enredándose en unos extraños ángeles terribles..., Rilke, que no llegó a saber nunca que ese grito inicial de su elegía, cuya expresión le costó días y días de angustia hasta dar con las palabras, no es suyo, que son dos versos del Libro de Job. Pero su lenguaje es el nuestro, habla del grito como respuesta del abandonado, del pobre. Es el grito de

horror sin esperanza, tan espantosamente plasmado por Edvard Munch en sus colores.

¡El grito de los pobres! ¿Os suena? Pablo VI, en la festividad de san Pedro de 1971, lo recuerda, con angustia, en su exhortación apostólica *Testimonio evangélico* al hablar de la renovación de la vida religiosa a la luz del Concilio Vaticano II: «Más acuciante que nunca —dice—, vosotros sentís alzarse “el grito de los pobres” desde el fondo de su exigencia personal y de su miseria colectiva». ¿No es, quizá, se pregunta el gran pontífice, para responder al reclamo de estas criaturas privilegiadas de Dios por lo que ha venido Cristo, llegando, incluso, hasta identificarse con ellos?

En un mundo en pleno desarrollo, esta permanencia de masas y de individuos miserables es una llamada insistente —dice con palabras literales de la *Gaudium et spes*— a una «conversión de la mentalidad y de los comportamientos»... «Siendo discípulos de Cristo, insiste Pablo VI, ¿cómo podríais seguir una vida diferente a la suya? Por eso, la llamada, como bien sabéis, no es un movimiento de orden político o temporal sino una llamada a la conversión de los corazones, a la liberación de todo impedimento temporal, al amor.» ¿Y cómo encontrará eco en vuestros corazones el grito de los pobres?, se pregunta. «Él debe prohibiros, ante todo —responde—, lo que sería un compromiso con cualquier forma de injusticia social. Os obliga, además, a despertar la conciencias frente al drama de la miseria y a las exigencias de justicia social del evangelio y de la Iglesia.» Pregunta inmediata: ¿las exigencias de la Iglesia han estado y están al nivel de las exigencias del evangelio? Y la conducta de la Iglesia, su ejemplo, nuestro ejemplo, ¿responden a esas exigencias evangélicas? He aquí un punto de reflexión.

¡Bueno! Está clarísimo: sólo falta volver los ojos a la cosecha doctrinal evangélica que acabamos de agavillar y, sobre esa falsilla, poner nuestra vida de cristianos, de debeladores de la injusticia social. Sólo nos resta ir de la aquiescencia racional y sentimental a la praxis, a la aplicación concreta de la doctrina. La Iglesia se encargará de marcar las pautas, de señalar los ritmos, pero el impulso ejecutor debe ser nuestro.

Si echamos una mirada a la tradición católica de la doctrina social, nos daremos cuenta de que en los primeros siglos la moral

social era, de hecho, una pura praxis, alentada por la palabra y los escritos de los grandes doctores, de los obispos y de buena parte de un clero vocacionalmente apostólico. Pero, más tarde, el feudalismo, mucho más enraizado en el poder eclesiástico de lo que parece a simple vista, y con sus cohortes de clérigos de oficio y de beneficio, marca las clases sociales hasta extremos indignantes, tarea en que colabora, en buena medida, la jerarquía católica, en una extraña connivencia de servicio a los dos señores que dice Jesús que es imposible servir al tiempo, a Dios y a la riqueza. Tendrá que venir la fractura de la Reforma protestante para que la Iglesia vuelva a reconsiderar la doctrina, para que nuevas órdenes religiosas —tras la magnífica e insuficiente labor de las mendicantes— vengan a clarificar el sentido igualitario del cristianismo redentor. Pese a lo cual, se volverá a disociar la doctrina de la praxis y, perdido en buena medida —no del todo— el poder temporal, pero ganado un cierto poder intelectual «razonable», de nuevo la doctrina, dañada por las injerencias de los «cristianísimos monarcas», volverá a ser letra muerta: vitrinas que custodian artísticas pragmáticas que encierran la doctrina y los buenos propósitos de relectura que la falta de tiempo y la mucha actividad relega *ad calendas graecas*.

Se puede decir, sin duda, que la traducción eclesial del perfil sociológico de Jesús ha sido correcta desde el principio en el terreno de la doctrina, y que ésta, la doctrina cuya traducción acabo de calificar de correcta, consagra el perfil del modelo de apóstol cristiano que proclama la necesidad de una «justicia social», expresión, por cierto, que tiene poco más de un siglo y que se debe a un religioso, el padre Taparelli, como nos recordaba don Ángel Herrera en la ya citada homilía. La Iglesia, sobre todo a partir de León XIII, intentará, con éxito más que notable, rellenar ese vacío, ese largo trayecto agostador que va del evangelio a la praxis de la doctrina social que, gracias a ese empuje, será ya, supongo que para siempre, doctrina social de la Iglesia.

Y, en este punto, surge de nuevo la gigantesca figura de don Ángel Herrera Oria, el joven abogado del Estado, que, guiado por su gran amor a Cristo, su entrega sin fisuras a la Iglesia y a los pontífices, y por su visión clarificadora del método de apostolado que requieren los nuevos tiempos, comienza, a principios del siglo XX, una labor de proclamación de la urgencia de la justicia

social que está aún muy lejos de ser reconocida. Para tratar de convencer a los poderosos, para sensibilizar a la opinión pública, para dar a los pobres las pautas de su autopromoción asistida, se sirve de la prensa, de la fuerza de la unidad apostólica de los laicos, del trabajo bien hecho, de la educación, desde la primaria a la universidad. ¡Y todavía hay por ahí ilustres historiadores que aseguran que *El Debate* era un diario conservador, carca! Poco más o menos, como la doctrina social de la Iglesia que difundía...

En estos momentos de la historia del hombre, la situación ha vuelto a deteriorarse. Mientras muchos fieles se quejan de que la Iglesia jerárquica sigue sin ofrecer un claro ejemplo de pobreza evangélica, el mundo desarrollado considera el problema de la justicia social como uno más y no necesariamente el de mayor urgencia. Y lo cierto es que las necesidades se han multiplicado al multiplicarse la población del mundo; las grandes empresas, incluidas las guerras periódicas, exigen grandes recursos que, de ese modo, no podrán detraerse de los presupuestos para invertir en las necesidades de los pobres, y, sobre un fondo de sensibilidad publicitada en favor de los llamados pueblos del tercer mundo, mucho me temo que flota una vaga melancolía, más que ideología, que acaba por tranquilizarnos, sirviéndose, aunque sea sólo tácitamente, de la expresión de Cristo «al César lo que es del César», es decir, que sean los gobiernos los que resuelvan el problema, yo ya pago, a la hora de medir nuestras propias responsabilidades en la solución de los graves problemas de injusticia.

No quiero sobrepasar el corto espacio —y mucho menor tiempo— que se concede a una comunicación en Congreso de tanta importancia como éste. Pero, como *profeso* en la orden de la Literatura, me permito rematar mi reflexión con tres citas muy sencillas que tienen su aplicación, me parece, en los sucesivos tramos de nuestra responsabilidad social.

Componen la primera tres versos de Giuseppe Ungaretti, tomados de su obra más madura, **Il taccuino del vecchio**, *El cuaderno del viejo*, de 1960, diez años antes de su muerte en Milán. Dicen, y perdonen la pedantería de la cita en su italiano original, que es, lógicamente, como mejor suenan:

*Sovente mi domando  
come eri ed ero prima.  
Vagammo forse vittime del sonno?*

**Me pregunto a menudo  
cómo eras antes y cómo era yo mismo.  
¿Vagábamos tal vez víctimas del sueño?**

Permítaseme una apreciación, casi una sutileza: Ungaretti dice *sonno*, no *sogno*, es decir, se trata de dormir, no de soñar. ¿Tal vez dormimos, en vez de soñar con un mundo más justo? ¿Cuál es nuestro estado de ánimo, quiénes somos de verdad, sumidos como estamos en este empeño apostólico?

La segunda cita es menos poética pero puede servirnos de advertencia a la hora de ejercer esa función de apostolado social que nos corresponde. Dice: *Sea vuestro hablar sí, sí, no, no; todo lo que pasa de eso, procede del mal. Cuando oréis, no multipliquéis las palabras.* ¿Quién es tan directo y hasta seco a la hora de decirnos cómo debemos comunicarnos con los demás? ¿Quién nos desaconseja la oración melíflua y untuosa? Lo saben ustedes perfectamente, y la traducción más correcta de este consejo coercitivo del Maestro la encuentro en Mateo 6,7, y es: *Cuando recéis, no seáis palabreros*, como los paganos, que se imaginan que por hablar mucho les harán más caso. Vuestro Padre sabe lo que os hace falta antes de que se lo pidáis. Y, de inmediato, Jesús nos enseña el Padrenuestro, en el que, además de santificar el nombre de Dios y pedirle perdón por no haber saldado nuestras deudas con él, le pedimos que nos dé, supongo que a todos los hambrientos, el pan de cada día. Él, para iniciar el ciclo de la caridad que se convierte en justicia social en el mundo, después de impedir que sus discípulos despacharan sin comer a cinco mil seguidores hambrientos, los alimentó con hartura de elementales panes y peces y, terminado el ágape, dijo a los discípulos: *Recoged las sobras; no está bien que se pierdan.*

La tercera cita resultará más severa para nuestro fervor proselitista. Además, es de un espíritu contumaz, racionalista y poco propenso a aceptar verdades que considera apriorísticas. Se llamaba **John Stuart Mill**, fue un inglés tozudo y reflexivo del siglo XIX, y buena persona. En su ensayo *Sobre la libertad*, que acabo de traducir, introducir, anotar y editar en la Biblioteca Leyes y Letras para el Colegio de Abogados de Madrid, encuentro sabrosa y casi olvidada doctrina que vendría muy a cuento, si de cuentos estuviéramos hablando. Veamos ya la cita concreta:

*Viendo de qué manera profesan el cristianismo la mayor parte de los creyentes, se puede observar hasta qué punto doctrinas intrínsecamente apropiadas para producir la más profunda impresión sobre el espíritu pueden permanecer en él como creencias muertas, sin ser nunca asimiladas por la imaginación, el sentimiento o la inteligencia... Todos los cristianos prácticamente consideran sagrados las máximas y preceptos del Nuevo Testamento y los aceptan como leyes. Sin embargo, no es exagerado decir que no más de un cristiano de mil guía o juzga su conducta individual con referencia directa a esas leyes. El modelo que les sirve de referencia es la costumbre de su país, la clase social que le toca, la profesión de fe que comparte. Todos los cristianos creen que los pobres, los humildes y todos aquellos que el mundo maltrata son bienaventurados, que es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el reino de los cielos, que no deben juzgar a nadie si no quieren ser juzgados, que no deben jurar nunca, que deben amar a su prójimo como a sí mismos, que si alguno les coge la capa deben darle también el traje, que no deben angustiarse por el día de mañana, que, para ser perfectos, deberían vender todo lo que tienen y darlo a los pobres. No dejan de ser sinceros cuando afirman que creen estas cosas; las creen, como creen los hombres aquello que siempre han oído elogiar y nunca discutir, pero en el sentido de esa fe viva que regula la conducta, creen esas doctrinas sólo hasta ese tramo en el que es costumbre obrar de acuerdo con ellas.*

Pido disculpas por la longitud de la cita, pero quería llegar, sin dejar nada, hasta esta última matización de John Stuart Mill, que me recuerda la famosa e ingeniosa expresión de Albert Einstein cuando decía que él era judío, pero no muy, no demasiado judío, *pas tres juif*. Cristiano, pero no demasiado, sólo hasta donde es costumbre ejercer como cristiano

A estas alturas de mi propia reflexión, vuelvo al perfil divino y humano de Cristo Jesús, que, Redentor de las almas, ha querido dejarnos a nosotros, a quienes presumimos de profesar su doctrina y seguir sus huellas —que es lo mismo— la parte de redención más humana, si en el hombre fuera posible separar lo humano de lo divino, lo sensible de lo sobrenatural.

Lo demás se me antoja a mí puro maniqueísmo. Gabriel Marcel hablaba del **ser como lugar de la fidelidad**. Hasta esa hondura tenemos que sumergirnos.